

Job-Boj: El placer de narrar

MARIO RODRÍGUEZ

Editada anteriormente en España, la novela *Job-Boj* de Jorge Guzmán, es la primera obra de ficción de dicho autor; tras la cual publicó *La ley del gallinero*, en Biblioteca Transversal.

Mario Rodríguez es catedrático en la Universidad de Concepción

"Ávida de placer como una bestia moribunda y de dinero como un tahúr, venía en el tren internacional siguiendo a un largo y sorpresivo telegrama donde anunciaba que el amor y la pena de amor me la traían."

HE PENSADO desde hace tiempo –y no sólo yo– que los comienzos de la novela, como sucede con *Job-Boj* son, al mismo tiempo, su final: en ellos se encierran todos los sentidos del relato y se inscriben en la filigrana que dibujan las primeras frases, los énfasis y tonalidades que adoptará la voz narrativa.

"Ávida de placer como una bestia moribunda" me remite al nudo central del relato de Jorge Guzmán, el deseo. Escritura del deseo, del deseo de la mujer que viaja y del hombre que aguarda a esa ninfa que viene cayendo "desde el espacio infinito con las piernas deliciosamente abiertas". La novela de Guzmán construye verdaderas máquinas del deseo, no solamente erótico, sino de dinero, comida, juego y luz, luz de la vida fulgurante que ahuyenta el oscuro azar de los acontecimientos.

Pero, también, novela de la muerte del deseo, agotado por una suerte de vejez prematura, en palabras de su protagonista, aquella que hace "recordar que había cosas por las que a uno se le iba la respiración de pura ansia". Nostalgia del brillo del deseo que titila en el pasado, mientras en el presente el mismo personaje se pregunta: "¿cómo meterle en la cabeza que no es cosa de estar aquí o allá, sino de que me he equivocado en todo, que he fracasado en todo, a pesar de lo que pueda parecer y que me da lo mismo que me apruebe o desapruue, que esté de acuerdo conmigo o no lo esté?"

Remisión intertextual a las preguntas de Job: ¿para qué dar la luz a un desdichado, la vida a los que tienen amargada el alma, a los que desean la muerte que no llega y la buscan más que un tesoro? (Job 3, 20).

Seductora en este punto, como en varios otros, se presenta esta ya lejana y sorprendentemente cercana, primera novela de Guzmán. Su relación con el intertexto bíblico rescata el carácter complejo de éste, al no aceptar la reducción de la historia al único sentido que le confiere la tradición: Dios le da todo a un hombre para quitárselo y finalmente devolvérselo con creces, y al insistir más bien, en las dramáticas ya transcritas preguntas que Job dirige una y otra vez al inescrutable Dios, transformadas en la novela en interrogaciones como: "porque, ¿qué se saca con hacer un gesto de entrega, de integridad, si no hay nada que entregar ni nada que integrar? O quizá, más bien, ¿sí precisamente para darse entero a alguien habría que librarse primero de uno mismo?"

Desgarradoras palabras las de la última frase, liberarse primero de uno mismo, terrible propósito que lleva al deseo a su límite, la aniquilación de sí mismo, con lo que se completa el

dibujo de la figura del deseo, con su primer trazo, signado por la avidez del placer, emblemático en la historia de Boj, hasta la línea fracturada de la avidez total que lleva al abandono de lo que se es, a la negación de la vida misma (en las palabras bíblicas: ¿para qué dar la vida a un hombre que no encontrará su camino? Job 3, 23) narrada en la novela en la secuencia de Job.

Relato especular el de Jorge Guzmán, donde una vida se desdobra, donde el deseo se desdobra invirtiendo su figura en el espejo ficticio de la narración.

Escritura también espejeante, en la que los enunciados narrativos son el reflejo del placer de narrar, de la avidez de narrar. Más allá de Eros y Thanatos –"ávida de placer" / "bestia moribunda"– se reflejan las imágenes, las construcciones verbales que desata la potencia de la vida que Boj ha capturado: "Su presencia era lo único que yo hubiera pedido para completar la alegría que me hinchaba continuamente las costillas".

La imagen de la costilla añade a sus reminiscencias bíblicas una nueva, la de la hinchazón del deseo que completa la alegría de vivir, "la hermosura del dulce verano", el habitar la ciudad y el trabajar.

Como oposición complementaria, el contraespejo de la secuencia de Job, la oscuridad y el frío de otra ciudad extranjera, la relación una y otra vez fallida con el otro, el deseo sometido a la pesadez de los azares. El espejo transformado en hueco que no refleja nada, porque la oscuridad del fracaso lo invade sin remedio.

Los más de treinta años que han pasado desde la primera edición española de la novela no la han oscurecido, ni envejecido. Al contrario, permiten descubrir en ella un modo gozoso de narrar, que por contraste falta en la narrativa chilena actual, que pareciera comunicarnos que contar es un acto casi sacrificial, una suerte de crucifixión de la escritura. Escribir en la joven narrativa –aventuro– es

desgarrar; es sepultar la potencia de la vida, es envolver el deseo en pliegues mortales, es poner nuevamente en escena los asaltos, las violencias sociales como un blasón que silencia la potencia de la vida, las costillas hinchadas de placer.

Bienvenida esta edición de Sudamericana de la primera novela de Jorge Guzmán, que impulse a mirar nuevamente sus otros textos novelescos, sus brillantes ensayos sobre las diferencias latinoamericanas y César Vallejo. ¿No hay en todos ellos, por encima o debajo de las diferencias genéricas, una apuesta por la vida, por la liberación del deseo?

Si examino uno de sus más gruesos trabajos, el dedicado a *Cien años de soledad*, la respuesta no puede ser sino afirmativa. Al sostener Guzmán que la novela de García Márquez libera la parte reprimida del español en Latinoamérica, está hablando también de su propia praxis narrativa: una liberación del placer de narrar. ☺

